CAPÍTULO XXXVII. *Que Fernando Cortés entra en Tlaxcalla; el recibimiento que se le hizo y cosas que dentro pasaron*

O SE DESCUIDÓ FERNANDO CORTÉS de avisar a Juan de Escalante y a los que quedaban en la Vera Cruz de las victorias que Dios le había dado; advirtiéndolos que solicitasen la fábrica de la fortaleza y estuviesen con cuidado así con los naturales como con los navíos que acudiesen de Cuba; y que se le enviasen dos botijas de vino para las misas y para los enfermos porque lo que llevaba se le había acabado.

Llegado pues Fernando Cortés a Tlaxcalla a los diez y ocho de septiembre salieron a recibirle los cuatro cabeceras de los cuatro señores con la mayor pompa y majestad que pudieron, acompañados de otros muchos grandes señores de la república, con más de cien mil hombres. Fueron diferentes recibimientos los de la provincia, porque el primero fue en Tecompantzinco y el segundo en Atlihuetzan, lugar muy grande adonde salió Piltecuhtli, acompañado de gran muchedumbre de gente. De aquí bajó Cortés a Tizatla, lugar de la cabecera de Xicotencatl el Viejo, que por serlo mucho no salió de sus casas. Salieron a recibirle los demás señores que fueron Maxixcatzin, Citlalpopocatzin, Tlehuexolotzin, con gran número de otros señores, y llegados los castellanos en ordenanza fue Xicotencatl el Mozo a abrazar a Cortés y asimismo los otros señores, a los cuales con muy buena gracia recibía; y se fueron juntos adonde había de ser alojado, diciendo siempre la voluntad que llevaba de servirlos. Aposentados los castellanos en el templo mayor, y con ellos los indios amigos que lo tuvieron en particular favor, fueron con gran cuidado regalados y proveídos de todo. Fue cosa de ver la multitud de la gente que se vio fuera y dentro de la ciudad venida como el día de fiesta y llevando delante un gran baile, fue a su alojamiento adonde luego le presentaron muchas joyas de oro y pedrería de valor, muchas y muy ricas vestiduras y ropa de algodón tejida de pluma que para ellos, que tan poco tenían, fue mucho. A los principios entendían los naturales que el caballo y el hombre era cosa monstruosa y todo un cuerpo (como dejamos dicho) y daban ración a los caballos de gallinas; pero entendiendo que se sustentaban de yerba se la dieron, aunque mucho tiempo estuvieron en opinión que eran animales fieros que comían las gentes, por cuya causa los hombres blancos les echaban frenos en las bocas y los traían con traílla de hierro; y cuando algún caballo traía la boca ensangrentada decían que se había comido algún hombre y cuando relinchaban decían que pedían de comer, que se lo diesen, no se enojasen, y así se lo daban con cuidado; porque se vea la simplicidad de estas gentes en aquellos principios y cómo eran engañados a poca costa de nuestros castellanos. Iban gentes extrañas con secreto a ver estas novedades y casos no vistos y saber lo que pasaba y qué hombres eran éstos; y de Tlaxcalla les decían más de lo que era, por espantar toda la tierra, afirmando que eran

dioses y que no había poder humano que los pudiese ofender ni enojar y tanto más se creía cuanto se entendía que los castellanos estaban en Tlaxcalla, que de todos era tenida por república de gran gobierno y de gente esforzada y belicosa.

Para mostrar a Cortés la buena voluntad con que le habían acogido le presentaron más de trescientas mujeres hermosas y muy bien ataviadas, para su servicio, que estaban condenadas a ser sacrificadas por delitos, y las dieron a los castellanos por ofrenda, las cuales iban llorando su desventura. No las quiso recibir Cortés, diciendo que no se permitía en su religión tener más de una mujer y que aquélla había de ser cristiana. Al fin, porque los indios sienten mucho que no se admitan sus dádivas, se recibieron algunas a título de servir a Marina Malinche, que en todas las pláticas y razonamientos intervenía y era muy respetada. Porque se usaba entre los indios que una mujer principal tuviese mucho número de mujeres que la sirviesen. Y viendo los indios que estas esclavas y otras que siempre iban dando a los castellanos se hallaban bien con ellos, los principales les daban después sus hijas proprias para que quedasen entre ellos generaciones de hombres tan valientes. Y Xicotencatl dio una hija suya, hermosa, a Pedro de Alvarado que se llamó doña Luisa Techquiluatzin, porque en su gentilidad no usaban más matrimonio de el que se contraía por voluntad. Llamaban a Cortés Chalchihuitl, que es tanto como capitán de gran valor, porque chalchihuitl es color de esmeralda y las esmeraldas son tenidas en mucho entre los naturales. Y a Pedro de Alvarado llamaban Tonatiuh, que quiere decir el sol, porque como era blanco y rubio y él fue muy querido de los tlaxcaltecas, decían que era el sol. Íbase informando Cortés muy en particular de las fuerzas y otras cosas de el imperio de Motecuhzuma y de la enemistad que esta república tenía con él. Mandó a su gente que no tomasen sino lo que les diesen; pero los naturales les hacían mil placeres; y los castellanos y los indios que llevaron estuvieron muy comedidos sin salir sin licencia de los límites que puso Fernando Cortés por tenerlos en disciplina, la cual era tan apretada que no se dio a nadie una mínima causa de queja.